

la iglesia ante el fenómeno social de las sectas

Antonio González Dorado

Durante los últimos años, la multiplicación y proliferación de las sectas¹ se han constituido en un importante fenómeno social en pleno desarrollo. El hecho no se reduce a España, ya que podemos detectarlo en casi todas las partes del mundo. Lógicamente este acontecimiento ha despertado la preocupación de la Iglesia. Pero lo más significativo es que en naciones, en las que constitucionalmente se afirma como fundamental la libertad religiosa, los gobiernos comienzan a inquietarse principalmente ante las denominadas sectas destructivas².

Dada la variedad y multiplicidad de las sectas, el hecho es demasiado complejo para abarcarlo bajo todos sus aspectos. En este artículo sólo pretendo colaborar en la reflexión que inconscientemente las sectas desencadenan en nuestra Iglesia, y precisamente en un período en el que se siente urgida por las consignas de la renovación y de la adaptación dadas por el Concilio Vaticano II.

I. La búsqueda de una nueva religiosidad

Independientemente del contenido y modo de realizarse de cada una de las sectas, lo significativo sociológicamente es el importante número de

¹Entiendo por "sectas", sin carga valorativa, todos los movimientos religiosos que aparecen al margen y desconectados de las iglesias históricas y de las grandes religiones.

²A. TORNOS, *Psicopatología de las sectas religiosas*, en: *Memoria académica del Instituto Fe y Secularidad*, Madrid 1990, pp. 34-35; P. SALARRULLANA, *Las sectas*, Madrid 1990.

personas que se vinculan a ellas, muchas procedentes, al menos por razón de su bautismo, de nuestra Iglesia Católica y de otras Iglesias históricas. Sin duda han de ser varios los factores sociales y múltiples las motivaciones personales que impulsan este fenómeno social³.

La positiva conquista del valor de la libertad y, más específicamente, de la libertad religiosa alcanzada por la modernidad y la secularización, facilita todo tipo de corrimientos religiosos. Pero no es un factor suficiente para explicarlos. Probablemente, como ha sugerido Jean-Marie Mayer, la causa más determinante de la marcha a las sectas es, en nuestros ambientes, la búsqueda de una nueva religiosidad o de una nueva espiritualidad⁴, tema que recientemente ha sido analizado por J. Sudbrack⁵. Nos encontramos ante una actitud religiosa que enfrenta simultáneamente las limitaciones de nuestra cultura dominante y las deficiencias y esclerosamientos de las iglesias y religiones históricas.

1. De la modernidad a la posmodernidad

El nuevo momento cultural, en nuestras sociedades europeas, denominado "posmodernidad", supone una crisis de la modernidad y una revisión de sus postulados, de sus valores y de sus sistemas. Hoy se encuentran cuestionados el marxismo de izquierdas y el positivismo de derechas, e incluso el mismo racionalismo cerrado sobre el que se sustentaban. La razón tiende a hacerse más razonable, sapiencial y humana.

Dentro de este contexto no sólo se someten a discusión las clásicas y decimonónicas tesis sobre la religión, sino que comienzan a advertirse importantes movimientos humanos que buscan en la fe, la espiritualidad y la religión caminos de salvación, de liberación y de plena realización. Esto es lo que muchos esperan encontrar en las sectas. Pero, ¿por qué en las sectas?

2. El hombre religioso actual ante las Iglesias históricas

Lo que no debemos ignorar es que estos movimientos sociales, que buscan una religiosidad y una espiritualidad nuevas, se encarnan en generaciones que han asumido culturalmente los valores positivos de la modernidad

³Para una orientación sobre las diversas sectas puede consultarse: H. RELLER, *Handbuch der religiösen Gemeinschaften*, Gütersloh 1979; J. GARCIA HERRERO, *Pluralismo religioso en España*, vol. II: *Sectas y religiones no cristianas*, Salamanca 1983; *Cristianos divididos en un continente en cambio*, Bogotá 1987.

⁴J.-F. MAYER, *Sectes nouvelles. Un regard neuf*, París 1985, pp. 18-19.

⁵J. SUDBRACK, *La nueva religiosidad. Un desafío para los cristianos*, Madrid 1990.

y el nuevo estilo de vida de la posmodernidad, manteniendo una postura de crítica e insatisfacción, no siempre plenamente clarificada, frente a las desviaciones y limitaciones del medio ambiente, en el que se desenvuelven. Buscan una religión que sintonice con su manera de ser, y que responda a sus más profundas aspiraciones y necesidades, que con frecuencia son desatendidas e incluso reprimidas por la sociedad en la que viven.

Pero es precisamente esta sana orientación la que puede hacerles entrar en conflicto con las Iglesias históricas, originando que personas que en ellas nacieron y en ellas fueron bautizadas busquen una alternativa a sus aspiraciones en las sectas. En efecto, las Iglesias históricas fácilmente se encuentran sometidas a determinados riesgos en su expresión existencial, debidos al peso de los siglos y a la acumulación de experiencias, no siempre oportunamente discernidos.

El primero de estos riesgos es el visualizarse y el insistir más en su dimensión institucional, con su correspondiente peso legal y jurídico, que en la entidad profunda de su ser como fuente de vida y espíritu para los hombres. En nuestro mundo de hoy existe una decidida tendencia a aligerar la fuerte carga institucional que impuso la modernidad, y en el ámbito religioso prevalece la prioridad por el encuentro con las fuentes de agua viva.

Otro riesgo de la Iglesias históricas es la resistencia conservadora a mantener como intocables expresiones religiosas, normas eclesiásticas y estilos de vida que no tienen su origen en el Evangelio, sino que fueron elaborados para otras culturas en su plurisecular paso por la historia. El hombre de hoy es consciente de que tales culturas quedaron ya superadas y espera, con la expresión de Pablo VI, una Iglesia rejuvenecida, es decir, fiel al Evangelio e inculturada en la cultura actual. La falta de adaptación de la Iglesias históricas le hace al hombre moderno recordar con insistencia las páginas negras de la historia de estas Iglesias, y el temor de que puedan reproducirse en el futuro.

Todos estos factores, unidos con frecuencia a una deficiente formación cristiana, explican o pueden explicar el corrimiento de no pocos creyentes al mundo de las sectas, que aparecen ante ellos como una novedad salvífica y religiosa más acorde con sus aspiraciones y en mayor sintonía con su manera de ser.

3. Actitud evangélica ante el fenómeno de las sectas

La Iglesia y las Iglesias necesitan conocer las nuevas sectas que van apareciendo para orientarse sobre ellas, e incluso para tener las oportunas intervenciones cuando algunas aparezcan como destructivas. Fuera de estos casos, siempre se debe mantener una postura ecuménica con ellas, aunque positivamente la rechacen. El ecumenismo es una exigencia evangélica ante el "otro-religioso". Pero me parece más importante el saber recoger el mensaje que nos envían las sectas.

Hoy solemos insistir en la corriente de laicismo agresivo y militante que todavía se advierte en Europa y especialmente en determinados sectores españoles. Pero, en realidad, se trata ya de un fenómeno trasnochado y decimonónico, que pertenece al pasado. La posmodernidad abre paso a dos nuevas tendencias: la indiferencia ante lo religioso, como ha subrayado Lipovetsky⁶, y los impulsos hacia una nueva religiosidad o espiritualidad, como ya hemos indicado anteriormente. Son dos dimensiones que pretenden desarrollarse en un ambiente de respeto mutuo e incluso de diálogo. La atracción de las sectas nos ayuda para descubrir el empuje del nuevo movimiento religioso e incluso para poder comprender sus aspiraciones internas, que no implican un rechazo del Evangelio, aunque sí la exigencia de una Iglesia nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión, para recordar la conocida consigna de Juan Pablo II.

Pero, ¿cómo debe ser esa Iglesia? Creo que, teniendo en cuenta las diferencias, debemos aplicar a las sectas el mismo principio que establecía S. Pablo en el momento de la controversia entre cristianos y judíos: "Considerando el Evangelio, son enemigos para ventaja nuestra" (Rom 11,28).

Ciertas virtualidades de convocación de algunas sectas y de sintonía con los nuevos movimientos religioso-sociales nos ayudan para iluminar nuestros vacíos, nuestros errores y desorientaciones pastorales y misioneros, impulsándonos a una fidelidad mayor al Evangelio que nos abra a la renovación y adaptación de la Iglesia, algo tan deseado y tan añorado durante estos años.

II. Las sectas y los vacíos pastorales

La experiencia nos da que los vacíos pastorales y misioneros, donde la Iglesia no se hace prácticamente presente, suelen ser lugares privilegiados

⁶G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, Barcelona 1988, pp. 36-37.

para la implantación y el desarrollo rápido de las sectas. Lo que nos ayuda a descubrir el potencial religioso que se oculta en dichos ambientes. Esto nos abre a una pregunta: ¿por qué nuestra ausencia evangelizadora en tales espacios? Sólo ofrezco algunas sugerencias.

1. Vacíos geográficos: periferia de la Iglesia organizada

El hecho suele advertirse sobre todo en las grandes parroquias, y suele aducirse como justificación la falta de sacerdotes, fenómeno que previsiblemente cada vez va a ser más agudo en los próximos años. Pero detrás de esta explicación subyace una mentalidad clericalista de la Iglesia, que todavía no ha sabido asumir operativamente la vocación, misión y posibilidades de los laicos, reconociendo los amplios márgenes de autonomía, creatividad y corresponsabilidad que les pertenecen en el ejercicio de su participación en la actividad eclesial.

Más aún, encuentro un segundo problema de no menor importancia: el rígido centralismo geográfico de la iglesia parroquial, donde tienden a concentrarse todos los servicios pastorales, culturales y administrativos. Esto marca una pervivencia de una organización de la época de cristiandad y de una cultura rural, en la que dominaban los pueblos reducidos y de pocos habitantes. Hoy se hace necesaria una descentralización y un impulso de las parroquias a promover iglesias domésticas al estilo de S. Pablo, en las que puedan desarrollarse con más facilidad las comunidades cristianas. En ciertos sitios ya se tiene una larga experiencia de las comunidades eclesiales de base. En algunas de las sectas encontramos mucha mayor agilidad frente a estas necesidades que en la Iglesias históricas.

2. Vacíos culturales: ausencias de inculturación

También nos encontramos con importantes vacíos pastorales en determinados ambientes culturales. Entre ellos sobresalen el mundo de los científicos, el sector obrero y algunas minorías étnicas, como es el caso de los gitanos.

En *los ambientes científicos* el vacío comenzó a producirse a partir de la Ilustración. La afirmación de la autonomía de la razón, acompañada de la correspondiente secularización, es decir, de su liberación del tradicional control eclesiástico⁷, no fue oportunamente comprendido por la Iglesia.

⁷L. GONZALEZ-CARVAJAL, *Tres exigencias de la Nueva Evangelización: Misión Abierta* (1990/5) 127-131; W. BÜHLMANN, *Ojos para ver. Los cristianos ante el tercer milenio*, Barcelona 1990, pp. 45-64.

Esto originó unas relaciones conflictivas entre científicos y eclesiásticos, que impidieron un sabio y constructivo diálogo. La consecuencia fue un distanciamiento cargado de desconfianzas y agresividades mutuas, cuyas secuelas todavía seguimos percibiendo.

Un fenómeno similar ha acontecido con *el mundo obrero*. Las radicalizadas ideologías, que envolvieron desde su nacimiento al movimiento obrero, coincidieron con fuertes corrientes restauracionistas en el interior de la Iglesia. Así se originó un enfrentamiento, con su consiguiente vacío. Sólo el progresivo desarrollo de la doctrina social de la Iglesia, el surgimiento de los sacerdotes obreros, el diálogo entre marxismo y cristianismo y la reciente Teología de la Liberación han ido consiguiendo reconstruir los puentes de comunicación, incluso con sorprendentes resultados en algunas zonas del mundo. Curiosamente en este sector han tenido menos éxito las sectas.

Otro vacío se advierte ante determinadas *minorías étnicas*, y, en nuestro caso, ante los gitanos. Probablemente han influido nuestro desconocimiento de la cultura y de la religiosidad gitanas, así como una inconfesada tendencia *integracionista* con pretensiones de incorporarlos a la cultura y a la eclesialidad "payas". Sin embargo, los "Aleluyas" han sabido canalizar el rico potencial religioso que subyace en las comunidades gitanas y sintonizar con él⁸.

Hoy corremos el peligro de abrir una nueva brecha entre la Iglesia y los amplios *sectores de la religiosidad popular*. Son claras algunas de las insuficiencias, desviaciones e incoherencias de esta religiosidad, e incluso las manipulaciones de las que está siendo objeto con la tendencia a reducirla a un folklorismo religioso. Pero quizás tampoco nos estamos tomando la molestia de descubrir el trasfondo positivo que la sustenta, ni de preguntarnos si, para determinados sectores, no sintoniza más con la nueva religiosidad del hombre posmoderno que las alternativas que de nuevo los clérigos hemos elaborado en nuestros laboratorios pastorales.

Quiero dejar aclarado que estas reflexiones no se encuentran motivadas por una inquietud proselitista indiscriminada, sino por el deseo de una renovación de la Iglesia que le permita un más fácil acercamiento entre el Evangelio y los hombres de hoy, dada que ésa es su misión y la razón histórica de su existencia, como ya dejó clarificado Pablo VI.

⁸F. JORDAN PAMAN, *Los Aleluyas*, Madrid 1990.

III. Sintonía pastoral y misionera con la nueva religiosidad

Es importante la demolición de los muros que separan a la Iglesia de determinados sectores sociales y culturales. Pero también son necesarios un nuevo estilo de Iglesia y una revisión de sus orientaciones pastorales. Bühlmann ha destacado las numerosas defecciones que se están produciendo en las Iglesias históricas, el incremento de falta de asistencia a sus celebraciones culturales, el distanciamiento entre las orientaciones de sus autoridades y la vida de los fieles⁹. No es un problema sólo de los alejados, sino también de los creyentes, que hasta hace pocos años se sentían perfectamente integrados en sus comunidades eclesiales. Esto nos hace preguntarnos: ¿qué sucede en la Iglesia?

Más aún, muchos de estos fieles marchan hacia las sectas, unas veces tras una franca ruptura con su Iglesia original, y otras manteniendo la ambigüedad de una doble pertenencia. ¿Qué han encontrado en las sectas que no hallan en sus propias Iglesias? Algunas de las sectas y algunas de sus ofertas nos permiten clarificar un grupo de respuestas a nuestra pregunta.

1. *La necesidad de la experiencia de una fe salvífica y liberadora*

En la época de cristiandad, la fe era una presupuesto para todos los que nacían en el ámbito de la Iglesia. Por eso, de una manera simplificada, la catequesis se reducía a enseñar lo que se tenía que creer y lo que se tenía que vivir, normas de vida y leyes de la comunidad cristiana. La coherencia con este esquema definía al buen cristiano.

Ese modelo de transmisión del cristianismo y de pertenencia a él aparece ante el hombre moderno como una jaula opresiva y programada que le impide volar. El impulso de la nueva religiosidad suscita en él la necesidad de una experiencia de conversión personal, permanente, gratuita y libre. Busca una fe en la que primariamente sobresalga su fuerza salvífica y liberadora, sanante y elevante de su propia personalidad en el horizonte del amor proclamado por el Reino de Dios. Teológicamente podemos afirmar que siente la urgencia de participar de la experiencia de Pablo y de las primeras comunidades cristianas. Quizás ésta sea la oferta más importante y sugestiva que muchos encuentran en algunas sectas.

Las que tienen raíces cristianas suelen priorizar una predicación testimonial, proclamadora de Jesús y de su fuerza salvadora, enfrentando esta

⁹W. BÜHLMANN, *l.c.*, pp. 230 ss.

fuerza a las necesidades y problemas de los oyentes. Vuelve a actualizarse la palabra de S. Pablo a su carcelero en Filipos: "Cree en Cristo Salvador, y tú y tu familia seréis salvos". De ahí también su insistencia en comentar la Biblia y comunicarla como fuente de alimento. Este tipo de orientación, aunque libera a la predicación de una carga racionalista y excesivamente didáctica, incide con frecuencia en un cerrado y peligroso fundamentalismo. Pero las desviaciones no deben ocultar el acierto de sintonía.

Algunas de las sectas de origen oriental propician, con objetivos similares, el camino de la oración contemplativa y trascendental, con sistemas distintos, según las escuelas de las que proceden. En ellas la fe se hace experiencia en una oración liberadora.

Nos encontramos ante un importante capítulo para revisar nuestros catecumenados y nuestras homilías. Conviene recordar un dicho del pasado siglo: "En Francia cada domingo se predicán 40.000 homilías, y a pesar de todo Francia continúa siendo católica".

2. Pastoral de crecimiento y estructuras de servicio

Institucionalismo y legalismo son dos actitudes que han entrado en crisis en nuestra cultura actual, como lo demuestran la sensibilidad ante los derechos humanos y la promoción de la dignidad de la persona. Esta postura del hombre moderno se agudiza, e incluso se radicaliza, al entrar en contacto con el ámbito religioso.

Y es lógico. Al esperar de la revelación del Misterio y de la experiencia de la fe una fuerza salvífica y liberadora, exige consecuentemente que la institución que la proclama y expresa, tanto en sus actividades como en su estructura y organización, aparezca animada por los mismos dinamismos de la fe. Se rechaza un servicio de la fe intransigentemente legalista y coactivo. No se entiende la figura del pastor o del maestro espiritual identificado con la imagen del juez o del policía. Se le busca como orientador; como médico paciente, comprensivo y humano; como amigo y hermano que ayuda y colabora en un constante crecimiento, flanqueado con frecuencia por problemas muchas veces inesperados y difíciles de superar. En el fondo se añora la imagen del Buen Pastor.

Hoy se aspira en las instituciones a estructuras y organización ágiles y sencillas, funcionales y claramente orientadas al servicio de toda la comunidad y de cada uno de sus miembros, favorecedoras del diálogo y de

la participación de todos. Cuando éstas se hacen demasiado complejas, se teme la hipertrofia de la burocracia, que tiende a esclerosar la institución y a dificultar los verdaderos servicios que la comunidad y sus miembros necesitan. Decididamente la nueva religiosidad pretende encontrar este sistema en las entidades religiosas.

En las Iglesias históricas es donde existe un mayor peligro, a todos los niveles, de mantener una desmesurada carga de estructuras y organizaciones, acumuladas a través de los siglos, cuando muchas de ellas ya han perdido su funcionalidad. Con relación a la Iglesia Católica, Pablo VI, en la "Ecclesiam suam", ya pidió una revisión en este campo. Pero todavía, incluso en muchas parroquias, continuamos observando las dificultades pastorales que genera el burocratismo, como estilo de actuar y de relacionarse.

Las sectas, con frecuencia, aparecen desprovistas de esta pesada armadura. Pero tampoco faltan otras marcadamente legalistas y rígidas, a las que fácilmente se acogen personas inseguras y necesitadas de asumir un férreo dirigismo exterior.

3. Del cumplimiento cultural a la celebración litúrgica

El predominio de la teoría legalista del cumplimiento cultural ha sido una de las causas de mayor deterioro de las Iglesias históricas. Obviamente, dentro de dicho esquema se mantiene la importancia de determinadas acciones culturales, pero subrayando más su dimensión objetiva que la subjetivo-celebrativa. Así nace un estilo: los fieles van a cumplir, y los ministros realizan la función que les corresponde. El resultado es la aparición de un círculo conflictivo y vicioso entre cumplidores y funcionarios, que termina deteriorando el valor y la trascendencia de la vida litúrgica

Un hecho en que se muestra esta realidad es la frecuente preocupación, tanto de sacerdotes como de laicos, por abreviar las celebraciones litúrgicas, aunque sea por distintas motivaciones. Lo mismo aparece en la progresiva desvaloración de los sacramentos de la reconciliación y de la unción de enfermos, e incluso en la erosión que quizá ya inadvertidamente comience a padecer el mismo bautismo. En la nueva religiosidad hay una alergia frente al mero cumplimiento. En ella se ha concientizado el adagio del siglo XVII: Cumplimiento viene de cumpro y miento.

La mayoría de las sectas celebran comunitaria y festivamente el ingreso de los nuevos adeptos, los cultos de iniciación, los encuentros para la oración

y para la escucha de la palabra de Dios. La importancia de estos acontecimientos queda así expresada en una verdadera celebración. Es el mismo fenómeno que aparece en las expresiones más significativas de la religiosidad popular. Pero esto sólo se hace posible en un ambiente de comunidades auténticas y vivas.

4. De la masificación religiosa a la experiencia comunitaria

Anonimato, aislamiento, soledad y masificación en ambientes cada vez más planificados y organizados son características de nuestro mundo de hoy. Como compensación higiénica, sobre todo en las sociedades de la abundancia, se ofrecen tiempos de ocio cada vez más amplios, y se impulsa a los ciudadanos a todo tipo de diversión placentera, sin la necesidad de asumir responsabilidades. Pero en muchas personas brota otra alternativa como una necesidad: la experiencia comunitaria. Y se aspira a ella con una concepción determinada de comunidad: comunidad libremente elegida; donde las personas se conocen, se respetan, se ayudan, se apoyan; ambiente favorable a la participación y al diálogo; agrupación donde, dentro de un marco reconocido, se proyecta y se decide en común.

La nueva religiosidad rechaza tanto la masificación como el intimismo y la privatización de la religión, tan impulsados éstos últimos por las corrientes laicistas del siglo XIX. Espera encontrar en la religión una respuesta a su necesidad comunitaria, revestida de determinadas características.

Las Iglesias históricas tienen un peligro de masificación. Influyen en esto el elevado número de sus miembros, la prevalencia de su crecimiento vegetativo, y la inadecuación de algunas de sus instituciones y organizaciones tradicionales. Entre ellos sobresale el rígido parroquialismo, que hoy queda tan cuestionado en la nueva concepción teológica de las Iglesias particulares y en la comprensión de una Iglesia radicalmente evangelizadora. Por eso no faltan personas que esperan encontrar esta respuesta en las sectas. En algunas de ellas logran hallarlo. Pero en muchas se tropiezan con una rigidez fundamentalista que no esperaban, produciéndose las previsibles defecciones.

5. Entre el Misterio y los compromisos temporales de nuestro tiempo

La necesidad de encontrar una ágil conexión entre la fe y los grandes compromisos ante la sociedad es otra de las notas del hombre religioso de hoy, que se siente responsable del mundo en el que le ha tocado vivir.

Dicha conexión ha sido fuertemente explicitada en estos años por importantes sectores de las Iglesias históricas con resultados evidentes. Pero quizás, en algunas ocasiones, el fuerte subrayado sobre el compromiso haya opacado la importante dimensión interior del encuentro personal con el Misterio. Así se puede explicar que personas más sensibles a este aspecto se hayan encaminado hacia sectas en las que prevalece un ambiente de más interioridad.

6. Del proteccionismo pastoral a la audacia misionera

La nueva religiosidad ha asimilado otras dos importantes características de nuestra cultura actual: la conciencia de adultez y de igualdad fundamental en todas las personas, y la necesidad de afirmar la propia identidad y de comunicar la propia verdad en medio de la sociedad.

Esta sensibilidad entra en conflicto con una vieja pastoral proteccionista y paternalista de las Iglesias históricas, y con una cierta timidez que actualmente advertimos en ellas en el despliegue de su acción misionera en los nuevos ambientes, con un desproporcionado celo del respeto a los demás.

El hombre moderno espera encontrarse en el contexto religioso con comunidades donde todas las personas son reconocidas como adultas y responsables. Acepta la diversidad de funciones y servicios, que han de existir en su interior, pero prevaleciendo el sistema de relaciones fraternales y de ayuda mutua en todas las direcciones. En último término está descubriendo el ideal de comunidad propuesto por el mismo Jesús (Mt 23,8-12).

Además, es especialmente sensible a la libertad de expresión. A partir de la experiencia religiosa, dicha libertad se hace misionera, proponiendo generosamente a los demás el don que el creyente ha recibido y ofreciéndolo respetuosamente a todos. Es un fenómeno que aparece muy marcadamente en las actuales sectas, aunque en algunas ocasiones pueda encontrarse contaminado de agresividad y proselitismo.

IV. Conclusión de unas reflexiones

Al término de estas breves y rápidas reflexiones, personalmente llego a una conclusión. El problema primordial no reside en las sectas, aunque en ellas se puedan encontrar algunas desviaciones, e incluso, en ciertos casos, descubramos sectas positivamente desintegradoras. Este fenómeno era previsible en una época de intensas comunicaciones internacionales y en una

era en la que felizmente nuestro mundo estrena un amplio panorama de libertad religiosa.

El problema reside en nosotros y en nuestras Iglesias históricas a veces poco sensibles a captar los signos de los tiempos y poco flexibles para adaptarnos a sus exigencias, que nos invitan a una realización cada vez más conforme al Evangelio. El fenómeno social de las sectas nos ayuda a descubrir que el laicismo agresivo y militante, todavía vigente y que lógicamente tanto nos preocupa, pertenece al pasado, y que las nuevas corrientes históricas y culturales están ya abriendo su piadosa sepultura. Más aún, nos muestra en un amplio sector de la humanidad el nacimiento de un nuevo movimiento sediento de religiosidad y de espiritualidad, que busca fuentes que puedan saciarlo.

El estudio sereno, acompañado de un necesario discernimiento, de los polos de atracción de las sectas, unido a una clarificación antropológico-cultural de nuestro hombre de hoy, nos ha de ayudar a comprender las características de la nueva religiosidad y a penetrar en el diseño que la configura. Me parece importante el descubrimiento de este diseño porque él, como otro signo de los tiempos, es el que nos cuestiona nuestra manera de ser Iglesia hoy.

Nos encontramos, sin duda, sensibilizados, para este tipo de análisis gracias al impulso del Concilio Vaticano II. Más aún, hay un compromiso de abandonar el viejo modelo de cristiandad y de abrirnos con actitud positiva a nuestra nueva cultura. Pero, al mismo tiempo, nos resulta difícil porque el modelo de cristiandad no se reducía a un estatuto jurídico, sino que constituía un estilo de vida, una manera de ser, una mentalidad que penetraba a toda la Iglesia, orientando sus sistemas de relaciones con la sociedad y de organización interna. Y hoy nos cuesta despojarnos de él en orden a una renovación que ha de tener como puntos claves de referencia el Evangelio y la nueva cultura en la que nos desenvolvemos. No debemos olvidar que en el Evangelio está Jesús, y en la nueva cultura los signos de los tiempos, que son los signos de Dios. Aquí está el desafío profundo de la Nueva Evangelización. Imitando las palabras de san Pablo, quiero terminar diciendo: "Considerando el Evangelio, las sectas son para nuestra ventaja". Ellas nos iluminan un esperanzador sector de nuestro mundo, e iluminándolo nos ayudan en nuestro proceso de conversión a los caminos del Señor.

Antonio González Dorado